HARTAZGO

Estoy harta de los cobardes,
de los esquivos, evasivos y los falsos;
de los que tiran la piedra y esconden la mano.
De los que ponen cara de «yo no fui»
cuando han hecho todo para que sea así.
De los que dicen: «Bendiciones»
y te arrojan maldiciones.
De los que ilusionan y aprisionan corazones.
Estoy harta de los que te buscan
y, cuando te encuentran,
se fugan como si fueran víctimas de guerra.

Hastiada del ambiguo, del frustrante y del confuso;
del abstracto que reniega de sus actos
y nunca se hace cargo de lo que genera a diario.
Si a estos seres descarados le planteamos nuestra rabia,
muy sueltos de cuerpo y pseudocompungidos,
con escasas palabras sobreactuadas, la charla rematan:
«Bien, después de esta catarsis, ¿estás más aliviada?».

Estoy cansada de la gente con la que conversar no se puede
de corrido dos días manteniendo el mismo clima.
Jueves, en la cima. Viernes, de rodillas.
Te suben y te bajan, pero culpa no hay ninguna.
¡Pobres almas maltratadas!
¡Es una la lunática que amanece atravesada!

Agotada estoy de aquellos que, sabiendo que te dañan,
dejan pasar un tiempo y te vuelven a hablar como si nada.
Harta de los que simulan interés un martes
y el miércoles su única preocupación es una almohada.
Son las miserias humanas de las que nadie escapa,
sin embargo, algunos hacemos un esfuerzo por domarlas.

Y estoy sin fuerzas por sentir vergüenza ajena.
Por vivir limando rejas y seguir saltando cercas
impuestas por quien cree ser estrella y es cometa.
Exhausta de los egos, la injusticia y de los frenos.
Del que ve la paja en mi ojo, pero jamás la viga en el propio.
Y, cuidado, que el que entrega a la espera de algo a cambio
está pidiendo, y no dando, ¡seamos francos!

De los conformistas estoy harta y por su causa retrasada;
derrotistas que envenenan y te bajan las defensas.
Además de que no ayudan (ojalá solo eso fuera),
ponen palos en la rueda, cortan alas con sus lenguas
y complican la tarea que con tanto esfuerzo
nuestro espíritu adelante lleva.

Harta de la queja de la que yo misma,
en este instante, caigo presa.
Del que juzga sin reparo
del estado en que se halla mi calzado.
Y no es resentimiento mi descargo.
Dejemos esto en claro:
para no ser uno de ellos es que escribo,
por hartazgo.

